

LA UNIDAD CATÓLICA,

ÓRGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS DE LAS BALEARES,

BAJO LA DIRECCION DE

D. JOSÉ MARÍA QUADRADO.

Esta Asociacion no solamente esquivada sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretesto para que se la confunda con ningun partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

MALES Y REMEDIOS DE LA ÉPOCA.

V.

LOS TRES PERÍODOS.

El cristianismo ha sido el primero que explicando la unidad de origen y unidad de destinos entre las innumerables variedades del linaje humano, formó de todas ellas un cuerpo moral, del cual las naciones son los miembros, y los siglos las edades. Antes de su aparición sobre la tierra, no existía este ser colectivo que se llama humanidad, que vive de un mismo espíritu, que se mueve con igual impulso, que sufre análogas vicisitudes: no había sino pueblos rivales y razas antagonistas, historias aisladas, revoluciones parciales, caídas y elevaciones de imperios sin filiación ni eslabonamiento conocido. En torno de este gran foco de luz y de calor han trazado hasta aquí las naciones sus órbitas acordadamente con, sus apogeos y descensos, con sus fases de brillo y oscuridad, siendo inútiles cualesquiera esfuerzos para escapar á aquella atracción irresistible; sus movimientos y evoluciones constituyen un sistema general regulado en los períodos, uniforme en las tendencias, cuyas secretas leyes contiene el centro hácia el cual gravitan. El cristianismo abarca para la Europa la sucesion de lo pasado, la explicacion de lo presente, los destinos del porvenir; él ha presidido á sus diversas transformaciones, ha marcado sus grandes épocas,

ha enlazado á su pujanza y á su decadencia la prosperidad ó el infortunio de los pueblos, y ha establecido entre ellos la fraternidad de vínculos, semejanza de condiciones y reciprocidad de influencias, para cuya explicacion se inventaron las sonoras palabras de *tendencias generales, espíritu del siglo, marcha de la humanidad.*

La insurreccion, fuerza repulsiva contra la ley de atraccion, desconcierto del orden, turbacion de la armonía, ponzoña disolvente del odio contra el jugo vivificante del amor, no hace mas de tres siglos que fué proclamada como sistema, como principio, como derecho. Tres caracteres nos presenta en su rápido desarrollo, ensanchando cada vez mas el círculo de sus combates; religiosa contra la Iglesia, política contra los gobiernos, socialista contra la sociedad. Anunciándose siempre con el modesto nombre de reforma, quiso depurar y acrisolar la fé, y no paró hasta el ateísmo; pretendió ilustrar y favorecer los tronos, y los demolió por sus cimientos; aspira á mejorar y rejuvenecer las naciones, y sabe Dios si acabará por disolverlas. Sus primeros tiros se dirigieron al orden mas elevado á donde muchos no podían alcanzar y cuya trascendencia no veían; y aislando astutamente sus ataques y ocultando sus ulteriores miras, para que las fuerzas amenazadas no se coligaran con el objeto de resistirle, se ha valido de unas contra otras para destruirlas recíprocamente con pérfidas lisonjas é hipócritas

promesas. Según ha ido pasando del espíritu al cuerpo y de las creencias á los intereses, sensibilizando su acción deletérea, han crecido en gravedad las alarmas y en desenfreno las ambiciones; el vigor de la resistencia disminuye, y el ímpetu y brutalidad de la agresión aumentan. Igualdad de razones ó libre exámen, igualdad de derechos ó soberanía nacional, igualdad de fortunas ó abolición de la propiedad, he aquí las tres banderas que sucesivamente ha enarbolado, bajando á la vez la esfera de sus miras y ensanchando la de sus prosélitos, á proporcion que las aplicaciones del error se hacen prácticas y materiales.

El protestantismo ó la insurrección religiosa tardó mas de dos siglos en desenvolver sus últimas consecuencias. Príncipes hubo que desde el principio la acogieron bajo su manto, enriqueciéndose con los despojos y decorándose con los títulos arrebatados á la Iglesia; y los que mas sumisos ó mas previsores se pusieron del lado de esta, trataron harto á menudo de hacerle comprar su fidelidad á buen precio y de adelantar sus intereses á favor de los conflictos de la época. Muy pocas veces en sus homenajes mostraron toda la sinceridad, en su protectorado todo el desinterés, en sus negociaciones la docilidad y reverencia que de hijos católicos debiera esperarse: el espíritu de las sectas protestantes que con las armas y las leyes combatían, con frecuencia se introducía en sus actos, y les inspiraba extraños proyectos de independencia y orgullo: así el mismo Luis XIV, que con la revocación del edicto de Nantes espelía á sus vasallos calvinistas á trueque de establecer en sus dominios la unidad religiosa, pensó en constituir á la sombra de su trono una iglesia galicana. Cuando la herejía degeneró en impiedad, cuando Voltaire suplantó á Lutero, abriéronse los palacios de par en par á la voz de la filosofía, atendiéronse sus consejos siempre envueltos en lisonjas, púsose á veces en sus manos el cetro, y sentósela en el trono para que ensayára prácticamente sus brillantes teorías. Los templos vacilaban, el sagrado fuego del ara se estinguía; y ora lo vieran los obispos con alborozo, con indiferencia ó

con dolor amargo, ninguno pensaba en su riesgo propio, ninguno comprendía la formidable lógica de la insurrección. Dormían, sin sentir la oculta mina que á sus pies se cavaba para servirles de sepulcro; y solo despertaron con el estallido que derribó á los unos y estremeció radicalmente á los demás.

La cuestión de religiosa se trasformó en política; y era de esperar que los tronos restaurados pidiesen su bendición á la Iglesia y á la fe su sanción inmortal, que el orden y la autoridad remontáran á su eterna fuente para recobrar en ella la fuerza legítima, y que los principios sociales se afirmáran en el indestructible cimiento de las creencias. Pero los gobiernos muy al contrario, confundiendo unos la causa con el instrumento de su ruina, y atribuyéndola solo á debilidad material, convirtieron el trono en fortaleza, añadieronle trincheras y baluartes, y se cebaron en proscribir los nombres y las formas que la revolución había tomado, sin tocar á su espíritu y esencia: otros jactándose de trocar en poderoso agente la misma fuerza destructora y de basar su conservación en el equilibrio, acogieron el nuevo invento como germen de vida y con su impulso comenzó la máquina gubernativa á funcionar, perfeccionada cada día en su mecanismo. En un solo punto han convenido los dos sistemas, y es en prescindir del influjo moral y religioso, y poner á la Iglesia en la alternativa ó de absorberla y refundirla en el estado, ó de rechazarla fuera de su seno. Por esto un mismo error, aunque por tan opuestos caminos, ha conducido á iguales resultados: por esto el poder, no acatado ya como un derecho, sino tolerado como un hecho ó mas bien como una necesidad deplorable, en balde procura reconstituirse con solidez; y pasando de mano en mano, sin vigor en las ideas, sin fijeza en las formas, sin prestigio en las personas, ora triunfante á viva fuerza, ora hollado por la sedición, ora legítimo, ora intruso, arrastra una existencia lánguida á la vez que borrascosa, que apenas alcanza á impedir la disolución de la sociedad.

Y en efecto la revolución toca ya á su tercer período que es el social, y á sus postreras

y mas alarmantes consecuencias. Los trastornos políticos hasta aquí no habian hecho sino sustituir unas aristocracias á otras aristocracias, cambiar los títulos de influencia y predominio, trasferir de un sitio á otro cual montes de arena los cúmulos de riqueza, deprimir y levantar fortunas; hasta aquí no se habia tratado de nivelarlas. En medio de tan frecuentes y estériles vicisitudes, los unos han aprendido á verlas pasar con indiferencia, los otros á explotarlas con sagacidad; los intereses positivos predominan ya, no solo sobre las creencias religiosas, sino sobre las pasiones y sistemas políticos: pues bien, á este terreno donde los unos han cifrado el goce, han traído los otros el encarnizamiento de la lucha. La alarma penetra ya en el retrete del rico lo mismo que en el alcázar del poderoso; ya no son los tronos únicamente, sino los edificios privados los que vacilan, cualquiera sea su origen y su fecha, ora permanezcan en pie como restos de lo antiguo, ora se hayan improvisado con el reciente botín. No es ya cuestion de gerarquías sino de haberes, no es el poder sino la propiedad lo que se controvierte. El error y la indiferencia en religion prepararon la revolucion política; el error y la explotación de la política, engendrando la inmoralidad y el escepticismo, nos han traído la social.

J. M. Q.

NAVIDAD.

TRADUCCION DE MANZONI (1).

Cual roca desprendida,
Que al impetu violento
De súbito hundimiento
Cediendo, siglos há,
Desde la cima al fondo
Abriéndose ancha calle,
A lo inferior del valle
Rodó, y allí se está;

Segun cayó, la mole
Pesada yace, inerte,
Sin que á moverla acierte
Del tiempo el voltear,
Sin que á la cumbre vuelva
A ver el sol brillante,
Mientras no la levante
Esfuerzo singular:

Así yacía el hijo
De la culpa primera,
Desde que en la severa
Sentencia al incurrir,
De toda desventura
Le impuso Dios el sello,
Yugo que el fiero cuello
No le dejaba erguir.

Nacidos para el odio
¿Quién era la persona,
Quién era que perdona!
Pudiese á Dios clamar?
¿Al Santo inaccesible
Volver á pacto eterno?
Al vencedor infierno
Su presa arrebatár?

Se nos ha dado un Hijo,
Naciónos un infante:
Si frunce su semblante
Tiembla el poder del mal;
La mano tiende al hombre,
Que se reanima y cobra
Con creces bien de sobra
Su rango primordial.

Brota del almo cielo,
Y baja viva fuente;
Por la árida pendiente
Derrama el fresco humor:
Destilan miel los troncos,
Jardin es la aspereza,
Donde abundó maleza
Germína allí la flor.

O Hijo del Eterno,
Coeterno, igual en sede,
¿Qué siglo decir puede:
«Yó tu principio ví»?
Tú eres: del vasto empero
El cerco no te encierra;
Que empero, mar y tierra
Lo hiciste con tu sí.

¿Y tú ese fragil barro
Vestirlo te dignaste?
¿Por qué razon lo alzaste
A tanta dignidad?
¿Fué mérito? fué gracia?
Si en tu consejo oculto
Así triunfó el indulto,
¿Qué inmensa es tu piedad!

(1) Con la Pasion, la Redencion, Pentecostés y el Nombre de Maria, que se han publicado respectivamente en los números 109, 110, 117 y 132 de la UNIDAD, completa este el número de los cinco himnos sacros del eminente autor italiano.

Hoy ha nacido: á Éfrata
Mansion profetizada
Sube la bienhadada,
La gloria de Israel,
La Virgen que en su seno
El gran misterio esconde;
Nace de quién y dónde
Predijo anuncio fiel.

La Madre en pobres lienzos
Envuelve al Dios desnudo;
Y en el pesebre rudo,
Que en cuna se trocó,
Lo pone suavemente;
Y adora, oh gozo intenso!
Postrada al mismo Inmenso
Que en ella se encerró.

El ángel, que á los hombres
Anuncia la gran nueva,
De grandes no la lleva
Al custodiado umbral;
Sino á pastores justos,
Que el mundo dá al olvido,
Presentase ceñido
De auréola inmortal.

Celestes escuadrones
Por la nocturna esfera
En fúlgida carrera
Bajaron de él en pós;
Y en torno colocados,
Ardiendo en santo anhelo,
Cual cantan en el cielo,
Cantaron gloria á Dios.

El himno continuaron
De vuelta al firmamento,
Y entre las nubes lento
Fuése alejando el son,
Hasta cesar del todo
Perdiéndose en la altura,
Y en los de abajo aun dura
La estática atencion.

Y el pobre albergue buscan,
Sin tregua, presurosos;
Y ven, los muy dichosos!
Conforme á la señal,
Ven puesto en un pesebre,
Envuelto con pañales,
Llorar cual los mortales
Al Príncipe inmortal.

Duerme, ó celeste Niño,
Duerme, y afán no sientas,
Y no osen las tormentas
Tu cuna estremecer,
Que huidas, cual caballos
En confusion de guerra,
Sobre la haz de la tierra
Empoja tu poder.

Duerme: quien ha nacido
Los pueblos aun no saben;
Dia vendrá que acaben,
Juntos bajo tu ley,
Por ser herencia tuya,
Y en tu reposo yerto
Bajo el polvo encubierto
Conozcan á su Rey.

J. M. Q.

LA MORAL CATÓLICA

POR ALEJANDRO MANZONI

traducida del italiano.

CAPÍTULO XVIII.

SOBRE EL SECRETO DE LA MORAL.—SOBRE LOS FIELES ESCRUPULOSOS, Y SOBRE LOS DIRECTORES DE CONCIENCIAS.

«La moral ha llegado á constituir no solo su ciencia sino su «secreto (*de los doctores dogmáticos.*) Su depósito se halla «por completo en manos de los confesores y de los directores de conciencias.» Pág. 421.

Si los confesores en Italia han hecho de la moral un secreto, han olvidado pues que se les ordenó predicar sobre los tejados (1); y la religion cristiana, uno de cuyos caracteres especiales es no tener doctrina que no sea pública, ni misterio que no lo sea igualmente para todos, habria pasado á ser semejante en sus manos á las sectas del gentilismo, en las cuales no se revelaba á los iniciados sino una parte de la ciencia, quedando otra parte oculta conocida únicamente de los sacerdotes, á fin de que la imaginacion de los crédulos supusiera la verdad de la doctrina y el cumplimiento de sus pruebas en aquello cabalmente que se les tenia escondido.

¿Pero qué libros son entre nosotros los únicamente reservados á los doctores dogmáticos? ¿Cómo se transmiten estos el secreto? ¿No ha dicho poco hace el ilustre autor que *la moral propiamente dicha no ha cesado de ser objeto de las predicaciones de la Iglesia?* ¿De qué hablan los párrocos desde el altar, de qué hablan todos los tratados de moral que cualquiera puede consultar? ¿Cuál es el objeto de las instrucciones catequísticas?

En Italia el fiel escrupuloso debe renunciar al ejercicio de la facultad mas bella del hombre, la de estudiar y conocer sus deberes. Ibi.

Pero el clero en Italia clama contra la negligencia en instruirse en aquella ley segun la cual seremos juzgados; inculca á los padres la obligacion de

(1) *Quod in aure auditis, prædicate super tecta.* Matth. x, 27.

amaestrar á sus hijos en todos sus deberes, de armarles pronto *con la espada del espíritu que es la palabra de Dios* (1), á fin de que no se hallen desahucados en la hora del combate; y toda la enseñanza católica tiende á difundir la máxima de que estudiar á conocer los propios deberes no solo es la facultad mas bella del hombre, sino que constituye su primera y mas estrecha obligacion.

Se le recomienda la abstencion de un pensamiento que pudiera estraviarle, de un orgullo humano que podria seducirle. Ibi.

¿Quién ha de querer disculpar al clero italiano acerca de este punto? Si es así, solamente será de desear que continúe siéndolo perpetuamente, y que estas recomendaciones sean universales, constantes, hijas de la ciencia y de la caridad, que el clero nunca use otro lenguaje pues que es el del evangelio.

Por lo demás al fiel escrupuloso (entendiendo esta palabra en su sentido estricto) se le recomienda en Italia como en otras partes el abstenerse de excesivas y prolijas consideraciones sobre toda accion y todo pensamiento, y detenerse en las gratas y consoladoras ideas de confianza en Dios y de su misericordia.

A propósito de los escrúpulos séanos permitido hacer dos observaciones, que aunque carezcan de conexión con el punto particular de que aquí se trata, no son extrañas sin embargo al asunto general.

Es una reflexion vulgar entre los moralistas católicos que los escrúpulos proceden de soberbia de espíritu. Esta reflexion, tan aguda como verdadera, es una prueba entre muchas de la penetracion y profundidad de la moral religiosa en el estudio del alma humana, y en el descubrimiento de los ocultos pliegues de las pasiones.

Consiste la otra observacion en que esta enfermedad moral demuestra la miseria del hombre al par que la belleza de la religion.

El escrupuloso pone de su parte la incertidumbre, la trepidacion, la perturbacion, la desconfianza, disposiciones harto naturales en el hombre, y que en algunos de tal modo predominan que constituyen su carácter. Pero es cosa muy singular que aquel afan con que procura el avaro la conservacion de sus riquezas, y el ambicioso la conservacion y aumento de su poder, aquel penoso y solícito cuidado que tienen tantos por los objetos de sus pasiones, lo empleen algunos cristianos ¿para qué? para el cumplimiento de sus deberes. La tendencia hácia la perfeccion es tan propia de la religion, que se manifiesta hasta en los

extravíos y en las miserias del hombre que la profesa. Una alma devorada por la inquietud de no ser bastante justa hasta el extremo de perder por ello la tranquilidad, casi podria parecer un fenómeno de virtud, si la misma religion, tan superior á las miras del hombre, no nos señalara en aquella alma disposiciones contrarias á la confianza, á la humildad y á la libertad cristiana; si no nos diese la idea de una virtud que excluye todo movimiento desordenado, y que cuanto mas se perfecciona tanto mas se aproxima á la calma y á la razon soberana.

Y cada vez que halla una duda, cada vez que su situacion se hace dificultosa, tiene que acudir á su guia espiritual. De este modo la prueba de la adversidad, que tiene por objeto levantar al hombre, le esclaviza siempre mas. Ibi.

Quizá no hay descubrimiento que mortifique tanto el orgullo del hombre como el de encontrarse en la dependencia intelectual, de ver que uno ha sido sin saberlo instrumento de una dominacion astuta, de haber hecho por impulso ajeno lo que creia elegido por su razon deliberada y voluntariamente. A esta idea sublévanse todas las pasiones como irritadas por una usurpacion de sus derechos, con tanta mayor vehemencia en cuánto hallan un apoyo en la razon. Pues es cierto que quiere Dios que el entendimiento se perfeccione con la consideracion de sus deberes y la libre eleccion del bien; y el hombre que se deja arrebatado arbitrariamente el gobierno de su voluntad, renuncia á la vigilancia de sus acciones, de las cuales no por esto tendrá que dar menos cuenta. La sola sospecha de esta debilidad lleva á veces al hombre á los pensamientos mas inconsiderados, y está pronto á exclamar: *Rompamos sus ataduras, y sacudamos de nosotros su yugo* (1).

Es por consiguiente de la mayor importancia separar la voz del orgullo de la voz de la razon, á fin de que unidas no nos hagan fuerza, y considerar tranquilamente cual deba ser en esto la conducta racional y digna de un cristiano.

Pueden considerarse en el sacerdote dos especies de autoridad, la que procede de Dios y constituye la esencia de la mision, la autoridad de enseñar, de atar y desatar; y otra autoridad que puede ser concedida voluntariamente por los hombres en consideracion á la primera á este ó á aquel sacerdote, y que nace de veneracion ó de confianza de los fieles que les inclina á su obediencia aun en aquello en que no ejerce directamente su ministerio. En cuanto á la primera es esencial al cristianismo: someterse

(1) *In omnibus sumentes... gladium spiritus (quod est verbum Dei)*. Paul. ad Ephes. vi, 16, 17.

(1) *Dirumpamus vincula eorum, et proijciamus á nobis jugum ipsorum*. Ps. 11, 3.

á ella no es servidumbre, sino razon y dignidad. No hay acto de esta que no sea un acto de servicio, en que el sacerdote no aparezca como ministro de una autoridad divina, á la cual él se sujeta lo mismo que los fieles; ninguno hay que ofenda la nobleza del cristiano.

Sí, nosotros nos arrodillamos ante el sacerdote, le referimos nuestras culpas, escuchamos sus correcciones y sus consejos, recibimos sus castigos. Pero cuando un sacerdote temblando en espíritu de su indignidad y de la alteza de sus funciones, ha extendido sobre nuestras cabezas sus manos consagradas; cuando humillado de verse el dispensador de la sangre de la alianza, asombrado siempre al proferir las palabras que dan la vida, con ser él pecador ha absuelto á un pecador, al levantarnos nosotros de sus piés conocemos que no hemos cometido una bajeza. ¿Por ventura nos habíamos postrado para mendigar terrenas esperanzas? ¿Acaso le hemos hablado de él? ¿Hemos tomado quizás una postura humillante para levantarnos mas soberbios, para lograr sobresalir entre nuestros hermanos? Solo se ha tratado entre nosotros de una miseria comun á todos, y de una misericordia de que todos nos hallamos necesitados. Hemos estado á los piés de un hombre que representaba á Jesucristo para deponer si fuese posible todo lo que inclina el alma á la bajeza, el yugo de las pasiones, el amor á las cosas pasajeras del mundo, el temor á sus juicios; nos hemos postrado para ganar la cualidad de libres y de hijos de Dios.

En cuanto á la autoridad de la segunda especie, fúndase esta en un principio el mas racional, pero puede tener y tiene por desgracia hartos abusos. Para no juzgar con lijereza tocante á esto, un cristiano no debe nunca en mi concepto perder de vista dos puntos, á saber: que el hombre puede abusar de las cosas mas santas, y que el mundo suele dar el nombre de abuso aun á las cosas mas santas. Cuando se nos acusa de supersticion, de fanatismo, de dominacion, de servilismo, estemos luego persuadidos de que la acusacion puede ser harto fundada; pero examinemos en seguida si lo es, puesto que estas palabras son usadas á menudo para calificar las acciones y los sentimientos que prescribe el evangelio.

Acudir por consejo en las situaciones difíciles á su guia espiritual, no es hacerse esclavo del hombre, es hacer un noble ejercicio de la propia libertad.

Aquel que debe ser juez en causa propia, y que desea obrar segun la ley divina, no puede menos

de advertir que la prevencion y el interés estorban la libertad de su juicio; y es prudente si acude á un consejero que por instituto y por ministerio debe haber meditado la ley divina y ser mas apto para aplicarla imparcialmente, á un hombre que debe estar nutrido de oracion, y que acostumbrado á la contemplacion de las cosas celestiales y al sacrificio de sí mismo, debe saber apreciar las cosas mas que los otros con la madurez del santuario.

Pero del consejo que se le da él siempre es juez, la decision depende de su convencimiento; tanta verdad es que se le pedirá cuenta, no solo de esta, sino tambien de la eleccion del consejero. Nunca ha dejado de predicarse en la Iglesia que *si un ciego guia á otro ciego, entrambos caen en el hoyo* (1).

Sobrado tienen raiz en nuestro corazon debilitado por la culpa aquellas dos infelices y opuestas tendencias de dominacion y servilismo. Perezosos é irresolutos preferimos echar sobre los demás el peso de nuestra alma, y celebramos todo lo que nos ahorra una deliberacion; y por otra parte, cuando un hombre confía en nosotros, animados por su adhesion, orgullosos de extender el dominio de nuestra pequeña voluntad, pronto nos sentimos tentados á servirla mas que á la utilidad de los demás, somos tentados á olvidar que el hombre ha nacido para mucho mas alto ejercicio de sus facultades que el de señorear las ajenas. Estas flaquezas de la naturaleza humana pueden engendrar hartos inconvenientes en el uso del consejo; y esto debe ser para todos los cristianos un motivo de confusion y vigilancia. Pero abandonar los guias que Dios nos ha dado, echar á un lado *la sal de la tierra* (2), privarse de un auxilio necesario porque puede en él haber peligros, no ver sino dominadores é intrigantes entre tantos celosos y desinteresados pastores que tiemblan al dar el consejo, y que se tendrian por insensatos si quisieran usurpar una autoridad excesiva que les espondria á un juicio espantoso; lejos de nosotros estos pensamientos que nos llevarian á inutilizar en parte el ministerio instituido en favor nuestro.

Y aun aquel que ha sido verdadera y puramente virtuoso, no sabria darse razon de las reglas que se ha impuesto. Ibi.

Los preceptos del decálogo, las máximas y el espíritu del evangelio, las prescripciones de la Iglesia, he aquí las reglas que el católico virtuoso se propone, y de las cuales puede siempre darse cuenta.

(1) *Si cæcus cæco ducatum præstet, ambo in foveam cadunt.* Matth. xv, 14.

(2) *Vos estis sal terræ.* Matth. v, 13.

CRÓNICA.

¿Es cierto que el papa se propone salir de Roma? pregunta *L'Univers*. No tenemos respecto á este asunto ninguna noticia particular, ningun informe cierto. Pero los rumores que anuncian desde hace mucho tiempo su próxima partida, toman ahora mayor consistencia.

Sobre este asunto el *Journal des Debats* publica una carta de Versalles que puede considerarse como una comunicacion oficiosa de M. Thiers. Dice así:

«Un amigo nuestro, que felicitaba á M. Thiers de la eleccion que ha hecho de M. Goulard para ministro de Francia en Italia y del mantenimiento del conde de Harcourt como embajador en el Vaticano, nos ha enviado las impresiones de su conversacion con el ilustre presidente de la república, rogándonos al mismo tiempo que no consideremos sus palabras como reproduccion exacta de las de M. Thiers. Nos da su sentido general, no el texto.

«Las instrucciones que he dado á los representantes franceses para el caso de que el papa pida un asilo en Francia, son muy sencillas y muy claras. Nosotros no espresaremos ninguna opinion, ningun deseo, ningun propósito que se relacione con la decision que el papa pueda tomar. Dios iluminará á su vicario por la voz de los acontecimientos, y el gobierno francés no se mezclará para nada en este asunto. Por nuestra parte no habrá ni sugerencias, ni insinuaciones, ni el propósito de disuadirle. Solo deseamos que el papa entienda que si pide un asilo en Francia, será recibido con el mayor respeto y con la veneracion mas sincera. En todas partes encontrará seguridad y deferencia. Digo esto en nombre del gobierno, y puedo decir tambien en nombre de Francia, salvo algunas escepciones que parecen numerosas por lo turbulentas. El gobierno francés y Francia es, gracias á Dios, bastante independiente dentro y fuera para ofrecer al papa hospitalidad. No entraré á juzgar sobre lo que Francia ha hecho en tiempos pasados para procurar independencia y proteccion al papa.

No me retracto de ninguna de las opiniones que he emitido antes de ahora, y por tanto no puede creer el buen papa que la hospitalidad, que no le ofrecemos, pero que se le concederá completamente si la pide, nos va á traer algun conflicto en el interior ó en el exterior. No; cuatro polizontes bastarán para alinear á los que vayan á recibir la bendicion del papa.

El pontífice estará libre, completamente libre de toda obligacion hacia nosotros, hasta tal punto, de que nos podrá causar algunos pequeños disgustos eclesiásticos mas fácilmente que si estuviera en el Vaticano. Una sola palabra suya, y se preparará todo para recibirle. Habia pensado primero en Avignon, pero los monumentos guardan recuerdos por mas tiempo que los habitantes. Le ofrecia el palacio de Pau, el mismo en que se convirtió al catolicismo un gran rey. Salvo en Civita-Vecchia encontraria una fragata, á bordo de la cual hallaria seguridad completa; pero á pesar de todo, no creo que el papa piense salir de Italia. Le basta saber que puede venir á Francia si lo desea.»

El corresponsal añade que el Sr. Thiers cree sin embargo que el papa no saldrá de Roma si no ocurren sucesos graves y escandalosos «que el gobierno italiano tendrá cuidado de evitar.» Italia y Europa, termina diciendo, querrán mejor conservar en Roma un prisionero poderoso, que dar á Francia un huésped venerado, proporcionándola ocasion de salir del círculo de sus desdichas, para volver á entrar en la politica con un acto de generosidad tradicional.»

El *Univers*, al reproducir esta carta, se espresa así: «Esto es todo lo que puede hacer Francia, segun dice M. Thiers. Que sea todo lo que M. Thiers quiere hacer, lo creemos, es bastante para él; para Francia es poco.»

A los ricos presentes del sultan para el sumo pontífice, entregados al nuncio á su salida de Constantinopla, acom-

pañaba una carta autógrafa del primero, que traducida directamente del turco dice así:

«A la dignidad del magestuoso, nobilísimo, queridísimo amigo nuestro íntimo Pío IX.

«Monseñor Alejandro Franchi, enviado á nuestra capital en embajada extraordinaria, para manifestarnos y comunicarnos los sentimientos de afecto y de sinceridad con los cuales acostumbrais á corresponder á nuestra amistad, va á regresar. Me han satisfecho estremadamente los testimonios de afecto y de sinceridad que este noble embajador me ha comunicado de parte de vuestra dignidad suprema, y la carta que vuestra dignidad me ha escrito en esta ocasion.

»Yo declaro que deseo siempre el aumento de nuestra prosperidad y que se estrechen y afirmen vuestras mútuas relaciones de amistad. Con este objeto hemos escrito la presente carta; y cuando por la gracia de Dios la hayais recibido, y vuestra autoridad conozca nuestros deseos, esperamos sinceramente que para lo porvenir vuestra dignidad nos hará la gracia de poner generosamente por obra los medios necesarios para mantener la mútua amistad.

»1288, Schaban 7.—(1871, 22 de Octubre.)—(Sello imperial.)—Abdul Aziz Khan, señor del imperio de la prosperidad.»

El sobreescrito de la carta dice: «por la gracia de Dios, á la dignidad de nuestro magestuoso, nobilísimo y queridísimo amigo íntimo, Pío papa IX.

CONFERENCIAS DE LA ASOCIACION.

LOS FRAILES RECLAMADOS POR EL SIGLO XIX.

Empezó D. Miguel Maura ofreciendo que trataría de los males que aquejan á este siglo, de los remedios empíricos que se le aplican y del único eficaz que podria producir algun efecto. Deslumbradora, dijo, es la civilizacion moderna, levantada á su apogeo por la movilizacion del capital, la perfeccion de la industria y el desarrollo del comercio. Pero, si bien se observa, se verá que esta civilizacion es falsa, porque concretada á la materia, ha dejado en los espíritus el vacío, el desasosiego, la duda. Faltan á nuestra sociedad creencias y virtudes. La marcha de esta civilizacion está torcida: tiende á esplotar el sudor de muchos en beneficio de unos pocos; por esto en proporcion que aumentan los recursos aumenta la miseria. Las ideas mas subversivas no podian menos de prender como en preparado combustible en esas masas inmensas de trabajadores que viven en la miseria, privados de toda moralidad é instruccion, constituyendo así el peligro constante de nuestras sociedades. ¿Quién puede cicatrizar esa llaga incurable?

No las clases acomodadas, ni los gobiernos, ni los sistemas filosóficos. Los ricos solo piensan en ganar hoy para gozar hoy mismo. Ayer salieron de la oscuridad en que volverán á caer mañana. Así olvidan atender á las necesidades de los pobres, y estos en vez de amor y agradecimiento solo sienten por el rico odio y desvío. Los gobiernos entronizados casi todos por vias revolucionarias y plagados de volterianismo carecen de voz, de autoridad y prestigio para contrariar unos planes que, por mas desastrosos que parezcan, son la consecuencia lógica de sus premi-

sas. Por otra parte cuando la sociedad se disuelve, cuando sus elementos constitutivos se descomponen, los gobiernos son de todo punto impotentes, porque su fuerza depende cabalmente de la armonía de las fuerzas sociales. Tres son los sistemas que se han ensayado para devolver á nuestras sociedades el bienestar de que carecen: el del interés, el de la fuerza y el del placer. Hagamos entender al pobre, dicen los utilitarios, que está en su interés conservar el orden actual, porque con su trabajo tiene asegurada la paz y sosiego y pan para su familia. Este sistema, destituido de toda idea moral, es una impostura. El pobre es un jugador que se espone á perder poco para ganar mucho; por esto el pueblo vuelve las espaldas á esos officiosos consejeros, y se precipita tras las huellas del astuto y ambicioso demagogo que lo guía al pillage. Para consolidar despues sus conquistas no ha de faltarle la teoría de los hechos consumados, inventada por los despojadores de ayer y despojados de mañana. La teoría de la fuerza es digna de nuestro siglo. En realidad solo la fuerza mantiene hoy el orden social. Mas la fuerza comprime, pero no calma; sujeta, pero no sosiega: esto no es curar al enfermo, sino atarlo con manillas; el día que una convulsion mas violenta logre romperlas, destrozará frenético cuanto alcance su mano. La teoría del placer que debia calmar las exigencias del pueblo las ha exasperado. Los goces groseros de que se le ha rodeado le han creado nuevas necesidades, han irritado sus pasiones, le han hecho perder los hábitos de laboriosidad, de templanza y economía, y le han disgustado de los sencillos y honestos goces del hogar doméstico. Así el pobre con mas hambre y menos recursos se halla mas dispuesto á cualquier descabellada empresa. Hartando al pueblo de placeres se pretendia enervar su brioso carácter, enflaquecer su brazo é inspirarle horror á la sangre. Las mugeres de Paris, corriendo á la muerte con estólida sonrisa, nos demuestran hasta qué punto la embriaguez de los placeres puede suplir con la estupidez la serenidad y con el frenesí la valentía.

Si el cáncer del socialismo compromete la vida de las sociedades, y si las clases acomodadas, los gobiernos y los sistemas filosóficos lejos de curar el mal lo empeoran, ¿quién librará á estas sociedades de una muerte inevitable? Abramos la historia y recordemos las grandes crisis sociales. La corrupcion pagana, la barbarie germánica, la barbarie musulmana, el socialismo de los albigenses y valdenses, el protestantismo y jansenismo ved ahí las grandes crisis que en épocas sucesivas han acercado la sociedad al borde del abismo; y siempre ha salvado á la sociedad una misma mano, la mano de los institutos religiosos. ¿Pueden tambien estos institutos salvar á la sociedad en la presente crisis? Es preciso mejorar la situacion del pobre. Es preciso establecer en vasta escala establecimientos benéficos para que sean enjugadas todas sus lágrimas, consolados todos sus infortunios, mitigados todos sus dolores, socorridas todas sus necesidades. Solo la

caridad puede encargarse de tan colosal empresa. Y para que la caridad tenga firmeza, direccion y permanencia, es indispensable que se encarne en institutos religiosos. A mas de mejorar la situacion del pobre para acallar sus justas quejas, es preciso instruirles y moralizarles para desvanecer sus injustas exigencias. Para esto es indispensable dar al pueblo una educacion profundamente cristiana, y esta solo pueden darla los institutos religiosos. Su voto de pobreza multiplica en sus manos los recursos; su voto de obediencia los lleva á todas partes donde su presencia es necesaria: su voto de castidad los desata de los lazos del siglo y de sus cuidados. Y ¿cómo predicarian la resignacion á esos pueblos que braman de corage contra los ricos; si su voluntaria pobreza no les recomendase á sus ojos? Cómo inculcarian la sumision á esas turbas que acarician planes subversivos, si no pudiesen presentarse como un modelo de obediencia? Cómo declararían guerra á las desbordadas pasiones, sino rodease su frente la auréola de la castidad?

Si solo en las órdenes religiosas está el remedio de nuestros males ¿por qué no se establecen? ¡Ah! ¿qué es lo que estas órdenes piden y exigen de nosotros? ellas no piden justicia. Y eso que bien pudieran pedirla, cuando se han violado en su daño todas las leyes divinas y humanas. No piden mas que libertad. Y cuando la hay para el hereje, para el ateo, para el impío, para el libertino, bien pudiera haberla para el religioso, que solo desea orar y hacer bien. Estas órdenes seguidoras de la perfeccion evangélica han tomado sobre sí la sublime mision de Jesucristo; de sembrar beneficios para recoger ingraticudes. Piden la libertad sublime de hacer bien á sus enemigos. Piden licencia á esos gobiernos que los han despojado, para enseñar á sus súbditos el respeto, la obediencia, la sumision á su autoridad, á fin de consolidar su vacilante poder. Piden licencia á ese pueblo que arrojó la tea incendiaria en su pacífica morada, para consagrarse al alivio de sus penas, al socorro de sus necesidades, á la educacion de sus hijos. Piden licencia á los ricos que tan injustas prevenciones han abrigado, para preservar su fortuna de la rapacidad de las turbas. Piden licencia á todos los que se han alegrado de sus males ó se han enriquecido con sus despojos, para traernos la paz, el sosiego y bienestar que nuestra sociedad anhela. Ah! Si este ruego sublime no halla acogida entre los hombres; hállelo ante el acatamiento divino, y haga Dios que llegue pronto la hora de reparacion que ha de salvar del abismo á nuestras sociedades.

La conferencia que hoy domingo debia tenerse, se ha aplazado para la noche del martes 26, en que D. José Quint Zaforteza pronunciará su tercer discurso sobre *el principio de autoridad*.